

Tres cuarenta y cinco de la mañana

Eduardo Vicente Vecino Cardoso (Uruguay)

Rocha, La Paloma.

“Linda hora para despertarse, cabañas del Parque Andresito”.

Inexplicablemente algo me sacó de la cama faltando quince minutos para las cuatro de la mañana. Ducha, vestirse, preparar el mate, tomar el celular, lanzarme fuera de la cabaña camino a la playa, a pocos metros, el amanecer me estaba llamando. El tibio sol comenzó asomando ante la rotación del planeta, tomé tantas fotos como pude, imposible detenerse ante esa imagen tibia.

Prometía un espléndido día, lleno de emociones. ¡Jamás hubiera imaginado cuántas más tendría!

La tarde anterior, me devolvió a mi infancia en Rocha, en un intervalo de las actividades del encuentro de poetas y narradores; allí a cien metros hay una ensenada, hasta ahí caminé. Puse mis pies sobre la gruesa arena oceánica, el velo al pasado se abrió retrocediendo 50 años en mi vida y me vi allí a los cinco, o seis años, jugando con mi hermana mayor, mientras mis padres mateaban en ronda de adultos con las hermanas de mamá. Raro el sentimiento, me apabulló el recuerdo del camping, la carpa grande, el fogón, el paisaje variaba según donde se acampara.

Volver al presente. Mi historia en Rocha será para otro cuento.

Comenzaron a salir los compañeros de evento, a desayunar. Al rato marchamos hacia el bus, para un paseo turístico. Trepé al mismo, charlando con el conductor, remacanudo el hombre, había sido camionero, yo apreté pedales en los camiones también.

Todos a bordo, con recuento de posibles perdidos y dormidos, partimos, me instalé casi al fondo del bus. Maravillado aún con ese amanecer tibio, lento, augurador de nuevos momentos a vivir; ni supe que ella estaba ahí.

Mi mente navegaba dentro del pasado nuevamente. Volví al presente, en La Pedrera, foto va, filmación viene, el paisaje no permitía distraerte, te envolvía entre el sol, el cielo y la tierra, como un ensueño, te atrapaban las grandes olas, te deslumbraban las rocas gigantes, la abierta playa deleita la mirada que se pierde en el infinito.

Reanudamos la marcha, llegamos al Faro en La Paloma, aun no sé porque descendí del bus, la inmensidad del mismo me llamó, algo quería mostrarme, aparte de su majestuosidad, su color blanco puro, como el uniforme del galeno que salva vidas, él también salva y muchas, tanto me susurró; al final salí del letargo, estaba ahí, sola. El rostro muy blanco, la sonrisa iluminaba más que el sol, todo el resto era negro, su ropa, los lentes, el cabello. Tal enredo de celulares y cámaras de fotos, en algún momento habrá pensado, “están todos locos”; cada mano le entregaba una cámara para salir

con la majestuosidad del faro de fondo en una toma perfecta. Ahí me di cuenta de lo que el Faro susurraba junto con la brisa marina: no solo contaba de naufragios evitados, temporales recios, gigantescas olas. Alguien me relató que su nombre es “Cabo Santa María”. Partimos hacia la capital departamental para el almuerzo. Mientras esperamos tomé fotos, filmé algo en los alrededores. Los tres “nonos” del grupo nos retratamos con ella. Ahí me percaté realmente: el faro no sólo narraba sus vivencias, contaba sobre sirenas, fantasías de marinos. La sirena escapó de su leyenda; viajó en bus, con nosotros desde La Paloma y así como de pronto llegó a nuestras vidas, se desvaneció en el aire.

¿Habrá vuelto al Cabo?